
CAPÍTULO I I



¿Y si estás soñando? *René Descartes*

Oyes el despertador, lo apagas, te levantas a rastras de la cama, te vistes, desayunas y te preparas para el día. Pero entonces sucede algo inexplicable: te despiertas y te das cuenta de que no era más que un sueño. En él estabas despierto y hacías tu vida, pero en realidad estabas acurrucado bajo el edredón, roncando. Si alguna vez has tenido una de estas experiencias ya sabes a lo que me refiero. Suelen llamarse «falsos despertares» y pueden ser muy convincentes. El filósofo francés René Descartes (1596–1650) tuvo uno y le dio qué pensar. ¿Cómo podía estar seguro de que no estaba soñando?

La filosofía era uno de los muchos intereses intelectuales de Descartes. También fue, por ejemplo, un destacado matemático: hoy en día se le conoce sobre todo por haber inventado las «coordenadas cartesianas» (según se dice, tras observar una mosca en el techo y preguntarse cómo podría

describir su posición en varios puntos). Pero también le fascinaba la ciencia y ejerció de astrónomo y biólogo. Su reputación como filósofo se debe en gran medida a las *Meditaciones* y al *Discurso del método*, dos libros en los que exploró los límites del conocimiento humano.

Al igual que muchos filósofos, a Descartes no le gustaba creer algo sin saber por qué lo hacía; también le gustaba hacer preguntas incómodas, preguntas que los demás no parecían poder contestar. Por supuesto, Descartes era consciente de que no se puede ir por la vida cuestionándolo todo constantemente. Sería muy difícil vivir si no se confía en algunas cosas, como bien descubrió Pirrón (ver el capítulo 3). Pero Descartes creyó que valdría la pena intentar averiguar por una vez en su vida de qué cosas podía estar seguro (si es que podía estar seguro de algo). Para ello desarrolló un método que se conoce como el método de la duda cartesiana.

El método es muy sencillo: no aceptar que algo es verdadero si existe la más mínima posibilidad de que no lo sea. Piensa en un gran saco de manzanas. Sabes que dentro hay algunas pochas, pero no estás seguro de cuáles son. Lo que quieres es un saco con manzanas buenas y ninguna pocha. ¿Cómo puedes conseguirlo? Un método sería esparcir todas las manzanas en el suelo y, tras revisarlas una a una, volver a meter en la bolsa aquéllas que estás completamente seguro que están bien. Puede que en el proceso descartes algunas buenas porque te da la impresión de que quizá están un poco pochas por dentro. Pero la consecuencia sería que al final en el saco sólo quedarían manzanas buenas. Más o menos en esto consiste el método de la duda de Descartes. Coges una creencia, como «ahora mismo estoy despierto leyendo esto», la analizas y sólo la aceptas si estás seguro de que no es incorrecta o resulta engañosa. Si existe la más mínima posibilidad de duda, recházala. Descartes revisó sus creencias y cuestionó si estaba absolutamente seguro o no de que eran lo que parecían ser. ¿Era el mundo realmente como a él le parecía? ¿Podía estar seguro de que no estaba soñando?

Lo que Descartes quería encontrar era una cosa de la que pudiera estar seguro. Eso habría sido suficiente para proporcionarle un asidero en la realidad. Corría el riesgo de hundirse en un mar de dudas y terminar creyendo que nada era seguro. Ciertamente, en su razonamiento hacía gala de cierto escepticismo, pero éste difería del de Pirrón y sus seguidores. Éstos pretendían demostrar que nada se puede conocer con seguridad; Descartes, en cambio, quería demostrar que algunas creencias eran inmunes incluso a las formas más radicales de escepticismo.

Descartes da comienzo a su búsqueda de certezas reflexionando acerca de las pruebas que obtiene mediante los sentidos: la vista, el tacto, el olor, el sabor y el oído. ¿Podemos fiarnos de nuestros sentidos? No mucho, concluyó él. Los sentidos a veces nos engañan. Cometemos errores. Piensa en lo que ves. ¿Te puedes fiar de tu vista en todos los casos? ¿Deberías creer siempre a tus ojos?

Un palo recto sumergido en el agua parece torcido si lo miras de lado. Una torre cuadrada puede parecer redonda vista desde lejos. Todos cometemos errores como éstos de vez en cuando. Y, señala Descartes, sería imprudente confiar en algo que te ha engañado en el pasado, así que decide descartar los sentidos como posible fuente de certeza. No puede estar seguro de que sus sentidos no le estén engañando. Seguramente, en general no suelen hacerlo, pero la mera posibilidad de que sí lo hagan le impide fiarse de ellos. ¿Adónde le conduce eso?

La creencia «Ahora mismo estoy despierto leyendo esto» puede que te parezca bastante segura. Estás despierto —espero— y estás leyendo. ¿Por qué ibas a dudar de ello? Sin embargo, ya hemos mencionado que te puede parecer que estás despierto mientras duermes. ¿Cómo sabes que en realidad no estás soñando? Las experiencias que tienes quizá te parecen demasiado realistas, demasiado detalladas para ser sueños, pero mucha gente tiene sueños realistas. ¿Estás seguro de que ahora no estás teniendo uno? ¿Cómo lo sabes? Puede que te hayas pellizcado para comprobar que estás dormido.

Si no lo has hecho, inténtalo. ¿Qué demuestra eso? Nada: podrías haber soñado que te pellizcas. O sea que *quizá* sí estás soñando. Sé que no lo parece, y que es muy improbable, pero existe la duda –por pequeña que sea– de que no estés realmente despierto. Así pues, aplicando el método de la duda de Descartes, tienes que rechazar el pensamiento «Ahora mismo estoy despierto leyendo esto».

Esto nos demuestra que no podemos fiarnos completamente de nuestros sentidos. No podemos estar completamente seguros de no estar soñando. Sin duda, dice Descartes, incluso en sueños $2 + 3 = 5$. Entonces propone un experimento mental, una historia imaginaria que corrobora su argumentación. Descartes lleva la duda lo más lejos que puede y plantea una prueba todavía más dura para cualquier creencia que la del «¿Y si estoy soñando?». Imaginemos, dice él, que hay un demonio increíblemente poderoso e inteligente, pero también maligno. ¿Y si $2 + 3$ sólo es igual a 5 a causa de sus artimañas y en realidad fuera igual a 6? No podrías saber que es cosa del demonio. Te limitarías a hacer la suma inocentemente. Todo te parecería normal.

No hay ningún modo de demostrar que esto no está sucediendo ahora. Puede que este demonio endiabladamente inteligente me esté provocando la ilusión de estar sentado en casa escribiendo en mi ordenador portátil, cuando en realidad estoy tumbado en una playa del sur de Francia. O puede que yo sólo sea un cerebro metido en un tarro lleno de líquido que reposa en un estante del laboratorio del demonio. Quizá ha conectado unos cables a mi cerebro y me está enviando mensajes electrónicos para que me dé la impresión de que estoy haciendo una cosa cuando en realidad estoy haciendo otra totalmente distinta. Puede que el demonio me esté haciendo creer que estoy escribiendo palabras que tienen sentido, cuando en realidad estoy escribiendo la misma una y otra vez. No hay modo de saberlo. Por descabellado que parezca, no podrías demostrar que eso no está pasando.

Este experimento mental del demonio maligno es el modo que tiene Descartes de llevar la duda hasta el límite.

Sería genial poder estar seguros de que al menos hay una cosa sobre la que el demonio no puede engañarnos. También nos permitiría responder a aquéllos que aseguran que no podemos estar seguros de nada.

El siguiente paso que dio Descartes le condujo a una de las frases más conocidas de la filosofía, aunque no todos los que conocen la cita la entienden. Se dio cuenta de que, aunque el demonio existiera y le estuviera engañando, para poder hacerlo debía estar manipulando *algo*. Así pues, mientras tuviera pensamientos, él, Descartes, *debía* existir. El demonio no podía hacerle creer que existía si no era así, pues algo que no existe no puede pensar. «Pienso, luego existo» (*cogito ergo sum* en latín) fue la conclusión de Descartes. Estoy pensando, así que debo existir. Pruébalo tú mismo. Mientras tengas un pensamiento o sensación, es imposible que dudes de tu existencia. Otra cuestión es qué eres; puedes dudar de si tienes cuerpo, o de si se trata de este cuerpo que ves y tocas. Pero no puedes dudar de que existes como una especie de cosa pensante.

Puede que esto parezca poca cosa, pero la certidumbre de su propia existencia fue muy importante para Descartes. Le demostró que quienes dudaban de todo –los escépticos pirrónicos– estaban equivocados. También fue el inicio de lo que se conoce como Dualismo Cartesiano. Esta idea consiste en que la mente es independiente del cuerpo y que interactúa con él. Es un dualismo porque hay dos tipos de cosas: la mente y el cuerpo. Un filósofo del siglo xx, Gilbert Ryle, se burló de este planteamiento comparándolo con el mito del fantasma en la máquina: el cuerpo era la máquina y el alma el fantasma que la habita. Descartes creía que la mente era capaz de provocar efectos en el cuerpo, y viceversa, puesto que ambos interactuaban en un punto determinado del cerebro: la glándula pineal. Sin embargo, tenía auténticos problemas para explicar cómo algo inmaterial, el alma o la mente, podía provocar cambios en algo físico, el cuerpo.

Descartes estaba más seguro de la existencia de la mente que de la del cuerpo. Se podía imaginar sin cuerpo, pero no

sin mente. Aunque imaginara que carecía de ésta, seguía pensando, lo cual le demostraba que sí disponía de ella, pues sin mente no podría tener ningún pensamiento. Esta idea de que el cuerpo y la mente son independientes, y de que la mente o el espíritu es algo inmaterial, no hecho de sangre, carne y huesos, es muy común entre las personas religiosas. Muchos creyentes esperan que la mente o el espíritu siga viviendo tras la muerte del cuerpo.

Sin embargo, demostrar la propia existencia a partir de su condición de ser pensante no habría sido suficiente para refutar el escepticismo. Descartes necesitaba más certezas para escapar del mar de dudas que había conjurado con sus meditaciones filosóficas. Sostenía que debía existir un Dios bueno. Utilizando una versión del Argumento Ontológico de san Anselmo (ver el capítulo 8), se convenció a sí mismo de que la idea misma de Dios demuestra la existencia de Dios, del mismo modo que un triángulo no sería tal si sus ángulos interiores no sumaran 180 grados. Otro de sus argumentos, el de la Impronta Divina, sugiere que sabemos que Dios existe porque nos ha implantado la idea en nuestras mentes; no tendríamos dicha idea de Dios si no existiera. Cuando estuvo seguro de que Dios existía, la fase constructiva del pensamiento de Descartes pasó a ser mucho más sencilla. Un Dios bueno no engañaría a la humanidad acerca de las cuestiones más básicas. Así pues, concluyó Descartes, el mundo tiene que ser más o menos como lo experimentamos. Cuando tenemos percepciones claras y definidas, éstas son fiables. Su conclusión: el mundo existe, y es más o menos como parece, incluso a pesar de que a veces cometamos errores acerca de lo que percibimos. Algunos filósofos, sin embargo, creen que esto es más la expresión de un deseo y que su demonio maligno podría haberle engañado acerca de la existencia de Dios del mismo modo que con la idea de que $2 + 3 = 5$. Sin la certeza de la existencia de Dios, Descartes no habría podido ir más allá de su creencia de que era una cosa pensante. Descartes creía haber mostrado una escapatoria del total es-

cepticismo, pero sus críticos todavía son escépticos al respecto.

Como hemos visto, Descartes utilizó el Argumento Ontológico y el de la Impronta Divina para demostrar a su conveniencia la existencia de Dios. Su compatriota Blaise Pascal tenía una opinión distinta sobre lo que deberíamos creer.